

Las posibilidades radicales de la traducción

Eric Schierloh*

Resumen:

El presente texto recopila una serie de notas sobre la traducción a cargo del poeta, editor y traductor Eric Schierloh, quien reflexiona sobre esta práctica desde la perspectiva de una artesanía del lenguaje que involucra el contacto de toda la dimensión corporal con la materia verbal.

Palabras clave: Traducción – Artesanidad

Abstract:

The present text compiles a series of notes on translation by poet, editor, and translator Eric Schierloh: his reflections on this practice from the perspective of language as a craft involving full contact with the corporeal dimension of the verbal material.

Keywords: Translation – Craft

A veces pienso que, quizás más aún que escribir, traducir provoca en uno dulces o ácidas y siempre interesantes perplejidades sobre el lenguaje, el entendimiento y la política, el exilio como condición existencial generalizada y las verdades y falacias de la identidad.

Marcelo Cohen, *Música prosaica*.

La pregunta más obvia es: ¿cuál es la forma en que vemos el poema? La pregunta más inquietante es: ¿cuál es la forma en que ve el poema? Traducir es pasar de un estado a otro.

&

Cuando estoy escribiendo escritura suelo mirar bastante por la ventana y no pensar mucho en el lector, más bien todo lo contrario: pienso en eso que me está reteniendo allí sentado, con la libreta o el cuaderno (en cualquier caso, se trata de superficies no-máquinas) entre las manos, o frente al procesador de texto (máquina); pienso en el procedimiento mismo de (volver a practicar una vez más) la escritura, y en lo que voy a ir descubriendo en el mientras tanto del texto, en la posibilidad de estar allí a solas con/en el texto; pienso en mí, en definitiva, y quizás por eso es que miro regularmente hacia afuera. Y si bien es cierto que conservo algo de una sospechosa fe sobre que ese descubrimiento tal vez vaya a ocurrir luego en el lector, la verdad es que no importa demasiado si eso finalmente no ocurre (sería tarde para entonces, de todos modos: el texto ya estaría escrito en su versión más o menos fallida, habría tomado la forma de un libro defectuoso, yo estaría encaminado hacia otro texto de similar naturaleza ambigua, etc). Por otro lado, cuando estoy escribiendo traducción sólo puedo mirar hacia adentro y pensar en el escritor que estoy traduciendo (y lo pienso a él y a su texto en conjunto y en su lengua, progresivamente, como cuando camino por ciudades donde se habla el idioma que yo intento traducir más a menudo) y en el lector (figura todavía fantasmática, aunque decididamente perceptible y presente): y entonces sí desaparezo yo (por fin), me vuelvo algo insustancial (puedo sentirlo) y en todo caso el asunto termina por cobrar la forma de una conversación de tres (como las tres sillas en la cabaña de Walden), yo en medio, sí, pero los otros dos enfrentados, mirándose a los ojos, casi como en una comunión en la naturaleza suspendida del texto “problemático” que los(/nos) reúne. Walter Benjamin (2012: 131) dice que ningún poema está hecho para el lector (y yo acuerdo), y que por lo tanto la traducción tampoco puede estarlo (aquí es donde mi acuerdo es parcial, en todo

caso, y es justamente lo que estoy intentando decir). El traductor, entonces, un puente, un vehículo, el aire donde el sonido de aquello pronunciado se propaga ahora, incluso ahora diferente aunque aún así.

&

La traducción como edición. Si un editor literario no es sólo quien transforma un texto en un libro sino también quien comparte o vuelve disponible (imprime, publica, propone, difunde) esas lecturas suyas para darle forma a un catálogo (en definitiva y salvo contadas excepciones, mucho más identificable a la larga con el nombre de la editorial que con el suyo propio: nueva dimensión para la desaparición), a un grupo de lectores: los otros en comunión. Y entonces el traductor también puede pensarse como un editor. Ambos son lectores críticos, en definitiva. Lectores atentos, antes que nada.

&

Hay, por cierto, una escena que está en el origen material de un texto y que vuelve a mí desde que lo traduje, acaso porque funciona como síntesis de lo que está ocurriendo en la traducción: Geronimo el Apache, Goyahkla o Goyaalé, «el que bosteza» en cualquier caso, anciano y recluso en la reserva de Fort Sill, en Oklahoma, sale una mañana a dar un paseo y colige que el gobierno de los EUA ya jamás va a cumplir con las promesas que le ha hecho, y que (por lo tanto) su mundo, su pueblo y su tierra van a desaparecer, tal y como él los conocía, irremediabilmente, para siempre. Entonces, quizás con algo de pesadumbre, acepta la invitación del presidente Roosevelt para contar su historia, que será también en cierta forma la historia de su pueblo y de su tierra. Son los primeros años del siglo XX. Geronimo no sabe más que unas pocas palabras de inglés, así que le dicta sus memorias a Asa Deklugie, un indio instruido, quien a su vez las traduce para el inspector escolar Stephen Melvil Barrett, que toma notas y escribe *Geronimo's Story of His Life*. Los textos se abren camino.

&

Mirta Rosenberg dice que la traducción (de poesía) es imprescindible para darle aire a la poesía en nuestra lengua (2016: 24). La traducción es entonces un ejercicio de fe política en el sentido más antiguo de esta palabra. Sin la traducción viviríamos en provincias lindantes con el silencio, decía George Steiner. Y Ezra Pound que una gran época de literatura era siempre también una gran época de traducciones.

&

Hay repetición (eco) en la traducción, y hay deconstrucción también. Toda traducción, como todo texto, es una secuencia de intentos y borradores (invisibles pero perceptibles) hasta el texto más o menos definitivo (siempre fallido, inacabado, como suspendido). Lo fascinante de la traducción es también poder llegar a captar esos pasos borrados (pensados), o imaginar los movimientos germinales hasta el árbol bajo el que estamos ahora leyendo. Para eso es que prestamos atención y escuchamos una y otra vez, y de nuevo, y otra vez. Y luego el contexto que excede la pieza o el marco y la historia de la vida de ese contexto y también analizar el espectro de ondas de las líneas textuales, hasta casi poder medir el espacio físico entre tipos. Y cortar. Y quitar. Y continuar. Y otra vez. ¿Qué arte no es, en el fondo, un arte de la repetición? Pues el caminar sobre las huellas borradas tiene, sin dudas, algo de caminar los mismos pasos que anduvo el otro. Lo que es cierto también es que aquello que es oscuro en el texto será oscuro en la traducción.

&

Vuelvo. ¿Es, al menos en cierta forma, la traducción de un texto la edición de un texto? Pienso que, al menos en cierta forma, sí, que la traducción puede entenderse como la edición de una lectura a la que se vuelve, y en ese volver, en esa relectura recurrente que sedimenta capas tipológicas e intuiciones de sentidos, anida la posibilidad de la traducción. Respirar al/con el otro, pensar desde/con el otro, andar sobre los pasos del otro (otra vez). Además, la traducción presupone un texto nuevo (y material) resultante, y todo texto es (en menor o mayor medida) la base de una publicación cuando no posible al menos deseable. Es como si la traducción, al igual que la escritura, estuviera tendiendo siempre a la completitud (al mayor grado de esa completitud) de su propia materialidad. «El traductor debe ser un gran editor», dice Isaac Bashevis Singer (en Rosenberg 2016: 23).

&

Incluso cuando la obra parece estar funcionando por mera acumulación o sucesión está apoyada en cada una de sus partes o secuencias en un sustrato común, como árboles de diferentes especies y tamaños y colores en el mismo bosque, árboles que beben de la misma napa, donde el sentido es como el agua que se enfría filtrada por las piedras y la

grava y la arena, o como el viento. Yo estoy convencido de que lo más importante a la hora de traducir es estar en contacto con la obra del autor que se va a traducir, hay que recorrerla como en un viaje, pasar tiempo allí, a la sombra, hasta poder tener incluso experiencias sensoriales que podemos ligar directa e indudablemente a este ejercicio. Porque entonces se puede estar tranquilo de que también llegará al traductor esa intuición que es tan deseable como inexplicable e impredecible, esa clase de intuición que es siempre clarificadora, incluso al proponernos (y en ocasiones al imponernos) las cosas más oscuras o enigmáticas de esa forma de escritura que llamamos traducción. Y saber esperar. Quizás por esto es que la traducción necesita ser un trabajo muy solitario, porque no hay proceso más absolutamente incierto e individual que el de la intuición.

&

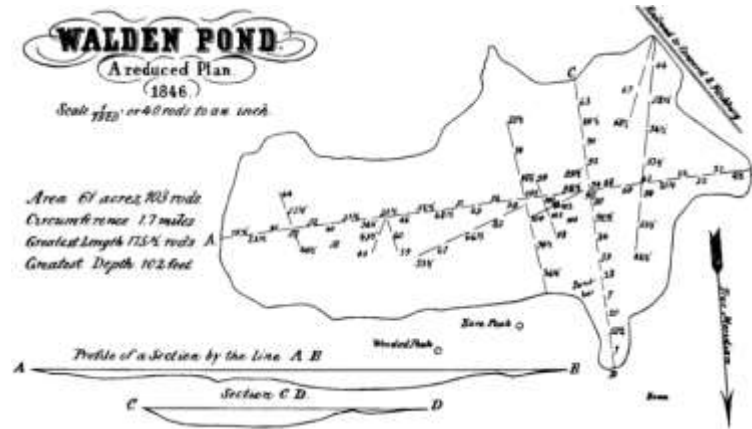
¿Y cómo se llama la comunicación de una intuición? La comunicación de una intuición se llama *ποίησις*: *poíēsis*: poesía (escritura).

&

La traducción es el intento de respirar como/con el otro, y de pensar como/con él, y de ser un poco él por un tiempo corto. («El exilio como condición existencial generalizada y las verdades y falacias de la identidad», leímos [Cohen 2014: 29].) Y así, la escritura a secas (que incluye, claro, la traducción) se vuelve un dispositivo que nos permite percibir percepciones, y esas percepciones quedarán en nosotros ligadas al contexto en que se percibieron (¿es a eso a lo que, en el fondo, quisiéramos llamar literatura?). De ahí la importancia de los textos, y de los libros (contextos materiales de lectura y textos a su vez, como en una espiral—ideales, perfectos, inmejorables: como la cuchara).

&

Tarde o temprano el traductor enfrenta el mismo dilema que todo el mundo: «Estoy interesado en el arte como forma de vivir una vida—dice Robert Henri (2007: 156)—no como medio para ganarse la vida».



Traducción topográfica de la laguna de Walden hecha por Henry David Thoreau en 1846.

&

Porque así como el caminante que suele recorrer una zona acaba por convertirse en el topógrafo mental (ya nadie dibuja mapas) de ese cuadrante del territorio que ha elegido, el traductor se vuelve un investigador (más o menos despreocupado, siempre desprolijo, me temo) de esa obra magna común llamada lengua. Para él es el paisaje o panorama pero también la herramienta que le permite pensarlo y dar llegada a un texto nuevo co-creado, así como la otra lengua le permite el acercamiento necesario para la posible partida hacia. La traducción como instancia crítica del lector. Nos han asegurado que la sola mirada altera el objeto de investigación; entonces podríamos creer que cada traducción hace lo mismo tanto con el texto de origen como con el idioma de llegada, a un nivel insignificante, si se quiere, de acuerdo, pero aún así observable, atendible. Se trata de ese prestar atención a las interesantes perplejidades sobre el lenguaje. Y quizás por esto es que se suele repetir que cada época (¿cuánto dura una época?) necesita traducir sus libros, es decir: releer crítica y creativamente el pasado y ponerlo por escrito en su versión (sus versiones) de la lengua en el presente. Porque traducir es, quizás antes que nada, un ejercicio de imaginación y atención.

&

¿Es la lectura, como la crítica, una mirada violenta más allá de? ¿Es la traducción como el rasqueteo de pintura vieja sobre la superficie de una madera para volver a pintar, instancia que inadvertidamente nos permite echar una mirada a los trabajos anteriores y a la estructura subyacentes?

&

No es que el texto no sea autónomo, y que su capacidad de significación dependa necesariamente de elementos externos, sino más bien que esa significación del texto siempre se enriquece y amplía en el (porque de un modo u otro siempre forma parte del) contexto general de una obra y también, por supuesto, de una vida. Anthony Burgess iba más allá y aseguraba que la traducción no tiene que ver sólo con las palabras sino con volver inteligible toda una cultura. Así, la traducción de un texto es también en cierta forma la traducción de una experiencia (de vida, de lectura, de interpretación, de escritura, de una cultura, etc). La traducción es también un (nuevo) acto de fe en el/del lenguaje.

&

¿Traducimos acaso porque en el fondo creemos en una especie de transcorporización textual? ¿Traducimos, cuando lo hacemos con/por placer y gusto, porque esperamos que algo de ese texto que traducimos (desde la admiración) se impregne en nosotros como quien se revuelca en el pasto deseando (inconscientemente) oler a clorofila? ¿Será también por algo como esto que, en definitiva, leemos? Como en esos versos de Theodore Enslin que dicen: «*In all that I pick up/ I do affirm my love*» (2012: 8).

&

Hallar la intención de modo que la traducción pueda despertar un eco del original, dice Benjamin (2012: 139). Liberar el lenguaje atrapado en la obra reescribiéndolo, dice (144). Suele olvidarse, pero traducir se trata, en definitiva, de escribir.

&

Pienso en esto a menudo, sobre todo cuando estoy traduciendo. Toda escritura que se piensa a sí misma es (justamente por eso) artesanal. Escritura a secas.

&

Volviendo al comienzo, a la retroalimentación entre escribir y traducir y editar (y también hacer libros, en mi caso, con las manos), a ese mirar por la ventana y volver la mirada al interior, ese bascular en el oficio (u oficio basculante) entre la afirmación de la experiencia de la escritura y la disolución del sujeto escribiente, recuerdo ahora que Marcelo Cohen también dice esto otro: «Al escritor que busque desligarse del yo (la traducción) le abre posibilidades radicales» (2014: 22). Así es.

(2011-2017)

Bibliografía

Benjamin, Walter (2012). “La tarea del traductor” en *La obra de arte en la era de su reproductibilidad técnica y otros textos*, Buenos Aires, Godot.

Cohen, Marcelo (2014). *Música prosaica (cuatro piezas sobre traducción)*, Buenos Aires, Entropía.

Enslin, Theodore (2012). *Fin del invierno en Maine & otros poemas*, Buenos Aires, Barba de Abejas.

Henri, Robert (2007). *The Art Spirit*, Philadelphia, Basic Books.

Rosenberg, Mirta (2016). *Cuaderno de oficio*, Buenos Aires, Bajo la luna.

***Eric Schierloh** (La Plata, 1981) publicó los libros *Formas de humo* (2006), *Kilgore* (2010), *Donde termina el desierto* (2012), *Costamarina* (2012), *Los cueros* (2014), *Frío en las regiones equinocciales* (2014), *El mamut* (2015), *El maguey* (2016), *La mera tierra* (2017), *Troglodytes* (2017) y *Por el camino de tierra* (2017). Ha traducido a Herman Melville, Henry David Thoreau, Theodore Enslin, D.H. Lawrence, Richard Brautigan y William S. Burroughs, entre otros. Vive en City Bell, desde donde dirige la editorial artesanal & hogareña Barba de Abejas.